



PsicoResúmenes

www.psicoresumenes.com

Resumen de Percia, M. (1989). Introducción al pensamiento grupalista en la Argentina y algunos de sus problemas actuales.

En la web encontrarás:



Bibliografía



Evaluaciones



Resúmenes



Tutorías

Accedé a:

- Clases particulares de varias materias.
- Un tutor para ayudarte a planificar tus semestres.
- Un tutor que te corrija tus trabajos de facultad.



@PsicoResúmenes



@Psico.Resúmenes



Resumen de Percia, M. (1989). Introducción al pensamiento grupalista en la Argentina y algunos de sus problemas actuales. En: Notas para pensar lo grupal. Buenos Aires: Búsqueda.

El pensamiento grupal en la Argentina no tiene una sola puerta de entrada, pero de forma general se pueden distinguir dos corrientes del grupalismo:

- 1) **La primera llamada “Tendencia de aplicación”:** se da en la década del 50, los primeros grupalistas eran psicoanalistas pertenecían al régimen de disciplinamiento institucional de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Se interesaron por la acción terapéutica en grupos y su objetivo era trasladar las referencias y métodos del psicoanálisis hegemónicos de la época (individualistas) sobre los grupos (situaciones de índole plural)

En este sentido ésta corriente puede describirse como de mudanza o de aplicación del psicoanálisis al grupo. Creyeron que se trataba solo de cambiar de territorio: pasaron a lo grupal con modelos del psicoanálisis y regresaron a su institución explicando que nunca habían dejado de ser psicoanalistas. Hacían así un viaje a ninguna parte.

Este intento contribuyó a uno de los equívocos más importantes que afrontaron los grupalistas: la propuesta de un psicoanálisis de grupo.

De esta forma se advierten, en esta perspectiva, pretensiones de legitimidad o de aplicación, en el sentido de que a pesar de abordar un territorio nuevo (los grupos) siguen al psicoanálisis como un dogma de forma que “el seguir siendo psicoanalistas” legitime su quehacer en los grupos.

- 2) **La segunda llamada “Tendencia de ruptura o desvío”:** esta tendencia es cultivada en la Argentina y dio origen a una riquísima tradición grupalista.

La “ruptura” o “desvío” refiere a la ruptura del encierro unificante dentro de la institución psicoanalítica oficial y de la esclerosis del pensamiento de la época. Se intentaba inaugurar lo grupal no subordinado a una legalidad o serie de principios explicativos únicos.

Tendencia de ruptura o desvío

Contexto de la época, subjetividad e intelectualidad crítica en los sesenta-setenta: se reconoce en aquel periodo una notable vocación por la política y por el trabajo en los espacios públicos. Prevalecía la idea de que el cambio social era posible, que iba a ser profundo y que estaba inscripto en el sentido de la historia. Se enfatizaba, sobre todo, que el cambio social no solo era posible sino además necesario e impostergable.

Aquellos actores “psi” que formaron parte de la intelectualidad crítica, confiaban en el futuro y creían que los profesionales tenían un papel en la construcción de una sociedad más justa. La interrogación del lugar social del especialista y responsabilidad del intelectual como crítico es la fórmula que resume el clima subjetivo dominante.

Tambalean muchos criterios establecidos como normas: por ejemplo en el espacio “psi” las ideas de apoliticismo y de neutralidad social del analista.

El pensamiento de esa intelectualidad crítica era irradiado por:

- **las producciones culturales:** crítica histórica, expansión literaria y artística, el marxismo y las disciplinas sociales
- **los acontecimientos sociales e históricos que se daban a conocer en el mundo:** adquiere mayor visibilidad el tercer mundo, la guerra de vietnam, la revolución cultural china, la insurgencia estudiantil del mayo francés

En fin, se pensaba que seguramente la Argentina se iba a incorporar a las transformaciones que ya se habían iniciado en otros lugares.

En aquel tiempo se leía predominantemente a Marx, Freud, Reich, Lacan, Levi-Strauss, Foucault, Deleuze y Guattari, entre otros. Para los lectores de los 60-70 no pasaban inadvertidas las diferencias entre estos discursos, pero lo que articulaba esas lecturas era el presupuesto de que el campo de las ideas debía de servir para transformar las condiciones de la vida social.

Leer no se parecía a un gesto de contemplación de lo escrito, era buscar fundamentos para la acción. El trabajo intelectual, se decía por esos tiempos, es una práctica para la construcción de un otro lugar.

Lo grupal justamente se inició, entre los psicoanalistas y las primeras camadas de psicólogos universitarios, como una *otra obra posible* en salud mental y de entrada se planteó el problema de la acción.

El espacio cultural y universitario de los 70, golpeado en 1966 por la dictadura de Onganía, se reestructuró bajo una forma de resistencia intelectual que inauguró una particular red de pensamiento alternativo a las instituciones oficiales. Los docentes perseguidos y expulsados del sistema de enseñanza oficial recompusieron sus prácticas en una especie de red contrainstitucional que se conoció con el nombre de grupos de estudio.

Los psicoanalistas no estuvieron al margen de esa tendencia. A principios de los años 70 se fractura la Asociación Psicoanalítica Argentina y muy pronto dicha fractura tomó formas no

solo “locales” sino históricas, políticas y sociales. Gilberto Simoes, uno de los protagonistas de dicha separación plantea que el movimiento se da debido a que:

- El poder era acumulado por unos pocos y el apoliticismo que se exigía a los psicoanalistas tendía a preservar ese poder.
- El fervor político de aquellos días, a partir del Cordobazo, del cual los psicoanalistas no podían permanecer marginados.
- Se comenzaron a plantear cuestiones gremiales y asistenciales a las cuales habían estado la mayoría ajenos. De esta forma comienza allí la presencia masiva de psicoanalistas en las instituciones públicas asistenciales.

Este cuestionamiento, impulsado por la subjetividad e intelectualidad crítica de la época, abrió el camino para autorizar a los psicoanalistas a pensar e inventar otras prácticas posibles en el campo de la salud.

La vocación pública: el trabajo institucional: una de las características de esta tendencia que importa subrayar es la idea de que el discurso de los intelectuales del campo “psi” debía ser significativo para la sociedad y especialmente para los “sectores populares”. No se trata de un mero gesto de ayuda entendida como postura personal, sino de una posición respecto del derecho social.

De entrada estas nuevas prácticas “psi” se configuran en una relación de contigüidad con los ideales políticos y sociales de la época. Lo grupal era uno de los modos de intervención que en el terreno de la salud y la educación podían producir formas de subjetividad alternativas.

La esfera pública interrogaba cualquier práctica, y en este sentido, el criterio de validación de una práctica “psi” se medía por su capacidad de inserción en el medio político y social.

El trabajo en el espacio público gestó otro estilo. Tanto por el cruce con otros saberes, como por la necesidad de plantearse articulaciones prácticas con otras dimensiones de la experiencia social. El moverse en situaciones no tradicionales arrojó como resultado la detección de cuestiones como:

- **El trabajo institucional:** Los analistas entran en relación con las instituciones porque era allí a donde llegaban los pedidos de asistencia de la población.
- **El equipo de salud:** es otro de los efectos de la entrada en las instituciones. Los profesionales se encontraron desde el inicio de sus prácticas hospitalarias y comunitarias con una obviedad: nadie podía concebirse trabajando solo. El problema que se planteaba era cómo producir un equipo de salud que no fuera un mero agregado de actores diversos.
- **La diversidad de las prácticas terapéuticas:** el cambio de perspectiva estimuló las críticas presentes en los debates de la época sobre el modo de trabajo en el circuito privado. No servía la transposición mecánica de unos dispositivos ideados para otras realidades. Instalarse en el espacio público obligó a dar respuesta en situaciones inéditas: familias, parejas, grupos de padres, grupos terapéuticos, etc. El trabajo en las instituciones los impulsaba a investigar otras figuras y dispositivos para la acción. Si ningún modelo previo daba cuenta de la nueva situación de trabajo, lo único que podría posibilitar un lugar para los profesionales era la innovación, la diversificación de las experiencias y el desarrollo de nuevos instrumentos.

Crítica de la institucionalización del psicoanálisis: todos los trabajos de los autores de esta tendencia plantean la puesta en cuestión de los límites que imponía el pensamiento dogmatizado. En estos escritos se advierte un desafío y un intento inaugurador.

En todas estas producciones se mezclan 2 temas:

- 1) las relaciones de poder en la situación clínica, formativa e institucional
- 2) las relaciones entre psicoanálisis y otras teorías

Ambos temas complementarios.

La inauguración de una práctica es, para esta tendencia, una de las formas de rebeldía y resentimiento ante la religiosidad de la cultura de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Lo grupal se inaugura en la Argentina sobre un vacío y en contra del dogmatismo que siempre llena con certezas inútiles.

Se destaca de lo grupal en nuestro medio su salida del sendero autorizado. La urgencia de prácticas innovadoras en los espacios públicos de la salud y la ruptura con una institución que limitaba el pensamiento, son dos de los factores que influyeron en el estilo y la riqueza de sus producciones.

Son muchos los autores incluidos en la ruptura de 1971. No pretendo sugerir que todos hagan *el orgullo* de lo grupal. Pero sí que sus diferencias producen, precisamente, aquello que los une: una misma convicción de que el trabajo intelectual era parte del campo de batalla social y de que lo grupal tenía algo de insidioso: la insidia penetrante de un cuestionamiento.

El lacanismo entraba en la misma época pero por otro lado. En los años 50 Jacques Lacan había tenido el acierto de dirigir un cuestionamiento vigoroso a las diferentes formas de terapias y curas, sobre todo al psicoanálisis americano, denunciando sus funciones adaptadoras e integradoras a través de su giro teórico en el sentido de una psicología del yo. Pero en la Argentina el tiempo histórico fue penosamente amputado durante la mitad de la década del 70 y estas producciones no tuvieron, hasta el momento, oportunidad de encontrar muchas mediaciones.

Transformaciones de la subjetividad en los años 80 y encrucijadas de lo grupal:

Ensayar la crítica es interrogar nuestra manera de pensar. Es una inflexión que desacomoda. Un cuestionamiento puesto sobre uno mismo. El pensamiento, hoy, valora la paradoja y la vacilación antes que la afirmación de una idea. Invade a la conciencia una sensación de que se han quebrado las nociones vinculantes entre el hombre y las condiciones de la historia social; entre el sujeto y el acontecimiento.

Santiago Kovadloff expresa "Al parecer, la sensibilidad del presente, ya no reclama rígidos principios, ni normas petrificadas para poder convivir consigo misma. Mejor identificados con lo hipotético que con lo inequívoco".

Pero estas ideas interesan más por lo que posibilitan que por lo que anuncian. No se avanza mucho si en lugar de un pensamiento fundado en la certidumbre, se adopta el

esquema de la incerteza. Declararse en contra no es lo que cuenta. Importa, en cambio, la duda sobre nosotros mismos, sobre la propia inercia que busca seguridad en la verdad o detrás de algún héroe intelectual.

Tampoco se trata de una sospecha trágica que siempre nos halle culpables de jactarnos de poseer la verdad. Es, en cambio, una propuesta de acción que imagina que siempre es posible pensar y obrar de otro modo.

Propongo pensar en el agotamiento de una concepción del saber y del héroe intelectual, que nos replantea nuestro lugar en la escena clínica. El cuestionamiento alcanza, por ejemplo, el lugar del sujeto en el análisis, el del psicoanalista o el del coordinador en situación de grupo. Al desvanecerse el lugar del saber, el poder se vuelve molesto y más modesto. Se ejerce con la interrogación antes que con la afirmación, con la conjetura antes que con la constatación del modelo.

Si el pensamiento grupal quiere contribuir a la propuesta de un espacio alternativo para el posicionamiento subjetivo, el análisis de las instituciones y las relaciones de poder, tiene que darse tiempo en el presente para examinar numerosas cuestiones. Elijo 3:

1. la legitimidad de su saber
2. su crítica
3. la distinción entre lo grupal y los grupos

¿Los grupalistas tenemos un saber y un discurso o simplemente un discurso, es decir, una manera de hablar, de relatar o de ficcionalizar lo que pasa en situación de grupo?

El rechazo de los grupos sin más, es tan inútil como el festejo irreflexivo de lo grupal. Ambas son posiciones que no practican la crítica.

Presentó la preocupación por la singularidad como uno de los problemas de la situación grupal y destacó sus condiciones.

A propósito, recuerdo que De Brasi explica que es necesario referirse a lo singular y no a las individualidades, porque “mientras el individuo marca el acabamiento del self como noción doctrinaria y, por lo tanto, irrealdad concreta, una singularidad existe solo a partir de sus conexiones, vecindades y relaciones. No es significable ni pasible de ser absorbida en el plano categorial. Una singularidad es real cuando se practica y realiza como tal.

Por lo tanto, ocuparse de la singularidad es distinto a fijarse en la individualidad. La singularidad se practica. Y si la subjetividad es un posicionamiento, o como diría Foucault, una ejercitación de uno mismo en el pensamiento; la singularidad es la huella que queda dibujada en el sendero de lo subjetivo. Es una posición realizada.

Interrogarse sobre esta dimensión, en situación de grupo, no busca la detección simplificadora de lo personal, sino que persigue, en cambio, el tanteo de su afectación.

El grupo es la producción de un espacio común en que se realiza una implicación diferente. Hay una convergencia, pero la manera en cada cual es afectado por las situaciones es singular.

La voluntad de síntesis de lo grupal, cuando no contempla las diferencias o el recorrido de las singularidades existentes, se manifiesta como un acto de violencia sobre el conjunto. Un error frecuente es la imposición de la unificación de afectaciones diversas.

Pero las contradicciones de la unidad, es decir, sus diferencias, pueden muchas veces apresurar la unificación. Es difícil pensar en términos de la fragmentación y sostener la perspectiva de la unidad.

Por ello, el desafío que tenemos por delante es pensar en una situación grupal que no aplane las diferencias, niegue la singularidad o reduzca la diversidad. El grupo como espacio de articulación discursiva en el que cada uno dice lo suyo, pero no en un desierto o en una cámara de eco; tampoco en un coro regido por la adhesión al director o a una partitura con la que hay que sintonizar o identificarse. Unidad que se funda, a su vez, en un lugar distinto: el entrecruzamiento de múltiples discursividades no sólo grupales, sino institucionales, históricas y sociales.

El pensamiento crítico del campo intelectual de estos últimos años nos invita a pensar de otro modo. Insistir en las diferencias nos lleva a inventar otra perspectiva: en lugar de preguntarnos a partir de una unidad supuestamente dada, nos preguntamos cuánta diversidad soportamos, cuanto caos y cuanta heterogeneidad.

Todo grupo está situado, determinado como posición por la coordinación, las consignas y las reglas que encuadran su trabajo, el espacio institucional en el que se desenvuelve y la coyuntura social en que se inscribe. Por ello el análisis de la relación de un grupo con el dispositivo de su conformación es imprescindible.

El dispositivo fija una posición y asigna determinadas condiciones de producción. Sin un dispositivo, no se funda un grupo; pero ese mismo esquema puede cercar sus producciones cerrándole todas las salidas que conducen a lo impensado. La misma acción que inaugura el espacio de producción colectiva puede rodearla como un vallado y, en ese caso, las formas instituidas operan como un muro o una pared, y no como un horizonte siempre abierto.

Para que un grupo pueda instituir sus acciones como propias, es necesario un trabajo crítico sobre su dispositivo de producción.

La perspectiva que propongo entiende que la comunicación es la acción de un desvío, la oportunidad o la excusa para realizar un salto, una rotación hacía otra conexión del sujeto con su propio discurso. Para este criterio el otro es necesario.

Y si decimos, por ejemplo, que comunicarse es extraviar la propia palabra y recuperarla en la del otro, no lo hacemos tanto por acentuar la idea de distorsión comunicativa o de deformación del interlocutor, como por fundamentar la producción de imágenes a partir de los fragmentos comunicativos dispersos y actualizados en el campo grupal. El trabajo de lectura se presenta, entonces, como la reconstrucción de la singularidad de cada trayectoria, en medio de la simultaneidad de enlaces y desvíos.